

Por el contrario, cierto número de reses, mayores ó menores, en cada finca, bajo la mano del labrador y en estado de domesticidad, se mantienen en parte con plantas inútiles y desperdicios de las útiles, y en parte con raíces y hierbas al efecto cultivadas; devuelven en abono sus alimentos, no exigen aumento de brazos para su cuidado, pues un muchacho de la familia basta para ello, y sobre padecer menos enfermedades y percances que en la ganadería, rinden iguales ó mayores y mejores productos. Las ovejas merinas sacadas de nuestros rebaños españoles, y llevadas á Sajonia, se han multiplicado en aquel clima con ser tan frío, viven en domesticidad, y sus lanas son las más estimadas de todas. El número de cabezas de ganado repartibles en las fincas, pudiera ser en España más que doble del que en la actualidad ostenta la falange de sus manadas, yeguas, piaras y rebaños, grandes, medianos y pequeños.

El consorcio de la labor con la cría de animales forma el cuadro racional de la industria agrícola.

ALEJANDRO OLIVÁN.

(Manual de economía política).

LA MATERNIDAD

I.

¿Recordáis por ventura los años de vuestra infancia?

¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes dejabáis reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles, é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Si lo recordáis.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas. Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de MADRE nos represen-

ta aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente, que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros, los que habéis perdido á vuestra madre, también podéis verla, si tenéis corazón y sentimiento.

Podéis verla en el sueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la región del cielo una blanca nubecilla, que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si, á la caída de una tarde melancólica, sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo lejos, y que no es el canto de las aves, ni el murmurio de la fuente, arrodillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que tenéis corazón y sentimiento.

II.

¡Pueblos que rebajasteis la dignidad de la mujer; que la considerasteis como un sér casi despreciable, venid! La razón os llama á juicio.

El sér que vilipendiáis ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sabios; cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares, y los Virgilio, cruzaban

los azarosos días de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho, una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

Cuando sus labios empezaron á articular sonidos, una mujer les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos, y les imbuyó vuestras creencias, y les dijo que había una patria que debían adorar; una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamáis sexo débil, recordar que habéis tenido madre; ó que la tenéis todavía!

¡Los que negáis absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintáis latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!

Pero no vayáis á los campos, que allí las tiernas abecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental trisca de gozo junto á la oveja.

No vayáis á los bosques, que allí podéis ver á la pantera lamer á sus ca-

chorros, y á la leona acariciar á sus hijos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados, enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza, al hombre, que es rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la Creación.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde halléis, un espacio virgen, jamás hendido por respiración viviente; porque, donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

III.

Cuentáse que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

Y el artista trasladó al lienzo la imagen de una mujer, que llevaba en los brazos al hijo de sus entrañas.

Aquel pintor era un sabio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde, en los albores de la vida del hombre, brilla su majestad de rey de la creación.

En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra; ella nos enseña diariamente á alzar las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes.

Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones; de esos primeros himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles.

En los años de la adolescencia, ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo.

¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros extravíos, y es la amiga que nunca nos engaña; la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interés, sin falsedad y sin celos.

Ella es la sola mujer, que sin aver-

gonzarse ni avergonzarnos, puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único sér, en fin, después de nuestro padre, que no admite consuelos por nuestra pérdida, porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoísmo intenso del dolor.

Si es indudable que los padres ocupan en la tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateísmo.

No puede existir un sér racional que niegue á su madre; si existiere, debe considerarse como una excepción.

Las excepciones, tratándose del linaje humano, se llaman, por otro nombre, mónstruos. Su número es corto por fortuna.

Si consultamos la historia de la humanidad, hallaremos millares de páginas entre cada dos Nerones.

Por cada mónstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se anida el

amor maternal, hay generaciones sin cuento que rinden homenaje á la santa ley esculpida por la mano de Dios en el corazón de los mortales, y por la mano de Dios en el código inmortal del Sinai.

En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

El amor materno es el más puro y sublime de todos nuestros amores.

SEVERO CATALINA.

(*La Mujer.*)

MEDITACIONES

I.

Si en medio del esplendor sereno del día ó de las sombras pacíficas de la noche alzamos los ojos al cielo, donde está la patria del cristiano, y los fijamos después en la tierra, lugar de su peregrinación, sentiremos en el alma que la tierra y el cielo nos revelan con lenguaje mudo, más de celeste energía, la existencia de un Dios bueno, pródigo, misericordioso, de un Dios padre de los hombres.

Esas estrellas que lucen sobre nuestra frente; esas flores que admiramos á nues-

tros pies; esos arroyos que alegran con sus murmullos á la tierra; ese rocío que la refresca; esa lluvia que enriquece sus entrañas; ese mar azul, espejo magnífico del cielo, que así como un esposo abraza á su esposa, ciñe á la tierra coronada de flores con brazos resplandecientes; ese sol que, imagen de Dios, alumbra y vivifica; esa dulce y sagrada luna que baña con rayos tímidos al mundo adormido y tenebroso, como una lámpara que brilla en un templo solitario, como una esperanza que sonríe, consolando en medio de una profunda aflicción... todo, todo nos revela con un lenguaje mudo, más de celeste energía, la existencia de un Dios bueno, pródigo, misericordioso, de un Dios padre de los hombres.

El universo es su templo: el corazón del hombre, su altar.

¿Pero quién es éste Dios, cuya existencia las flores cuando se entreabren anuncia, proclama el mar cuando ruge, y dice á millares de mundos el sol cuando los ilumina. Abrid, y leed el Evangelio, y hallaréis lo escrito en caracteres de amor?...

Un hombre, hombre á los ojos de los

hombres, pero Dios á los ojos de Dios, nace en un pesebre para ennoblecer á la pobreza, vive entre miseria para santificar á la desgracia, permite reclinar sobre su seno la frente de un amigo para hacer sagrada la amistad, y, enclavado en una cruz, y delante de un mundo para quien era virtud la venganza, perdona al espirar, y pide al Padre perdone á sus verdugos.

Este Hombre-Dios llamábase en el mundo Jesu-Cristo.

Cuando apareció en él, la tierra adoraba á unos dioses peores que los hombres. Tiberio forzaba al mundo á que le hartase de su servidumbre; la fatalidad era la Providencia de los gentiles, la esclavitud su derecho común; tenían ellos por recreo el derramamiento de sangre, por entretenimiento la prostitución, por crimen á la desgracia, por ignominia á la pobreza.

Bossuet, el ilustre Bossuet, ese gran orador, gran poeta, gran filósofo, el cual, según hablaba de las cosas divinas, no parece sino que había asistido á los consejos del Eterno, y según el divino len-

guaje que usaba, que había escuchado la voz de los ángeles, encarecía una vez, con voz verdaderamente de ángel, la bondad y las grandezas de Dios. Y después de haberla encarecido, cual ingenio humano jamás lo ha hecho, prorrumpió en este rasgo, en sus labios, á la verdad, altamente sublime: «Perdonad, Señor; son hombres los que hablan.»

Nosotros, pues, sólo diremos: que, si existe algún hombre que al leer y meditar las palabras tan dulces, tan inefables, tan divinamente divinas como las de Jesu Cristo, no siente que, enternecido su corazón, se mueve por amor y admiración á adorar al Dios de la naturaleza en el Dios del Evangelio; si ese hombre existe, repetimos, es un hombre... verdaderamente desgraciado.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.
(Obras completas.)

LAS CORTES DE CASTILLA

No fueron realmente las Cortes de Castilla un cuerpo con forma estable y facultades bien demarcadas, nunca tuvieron influjo permanente en los negocios

de la paz y de la guerra: aun en la obra de la legislación, si para ella era debido consultarlas, no siempre participaron; y si en el otorgamiento de los tributos casi en todas ocasiones ejercieron la facultad de concederlos, á que va aneja, aun cuando no se ponga en uso, la de negarlos, hasta en esto hubo algunos, bien que raros casos, en que fueron sacados al pueblo sin su concesión ciertos socorros. Pero siendo como eran imperfectos instrumentos, las Cortes existieron y vivieron largos años; y toda vida supone acción, y aquella existe aun cuando esté adormecida y aun suspendida, y si latente en ocasiones, en medio de todo no extinguida. De las Cortes, si no hablaron mucho los historiadores, algo dijeron en los casos en que vinieron ellas á figurar con lustre en el teatro de la historia. La memoria de su nombre no se borró del pensamiento en lo general de las gentes; y andando el tiempo, cuando en tierras extrañas cuerpos de igual ó parecida naturaleza cobraron poder y nombradía, á las Cortes se convirtió la atención de quienes deseaban establecer en nuestra patria una clase de gobierno en que la

autoridad Real tuviese contrapeso ó freno; en que un número mayor ó menor de españoles por varios medios, y entre ellos por el de elegir representantes, participase de la potestad legislativa; en que el uso antiguo y común de varios pueblos de Europa, de otorgar la representación popular las sumas necesarias para el servicio del Estado, quedase, no sólo reconocido en la teórica, sino también asegurado con buenas fianzas para que fuese constante é imprescindible; y en que, siguiendo el curso que han llevado estas cosas en varias naciones, se fuese por tales medios creando, extendiendo y afirmando el influjo regular y legal de los gobernados en los gobernantes, apoyado todo ello un tanto en la tradición, para que ésta, aun no siendo fielmente seguida ni bien interpretada, diese á las novedades, hasta á las más atrevidas, el grado de autoridad que en el concepto general de los hombres, sin excluir á los que proclaman el principio contrario, tienen los hechos y nombres de las edades pasadas y remotas.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

*(Discurso leído ante la Academia de la Historia
el 26 de Diciembre de 1864.)*

LA CIVILIZACIÓN

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL
CRISTIANISMO.

Tres grandes ideas forman y componen nuestra civilización: Roma, el cristianismo, los bárbaros. Los bárbaros dan la materia con sus tribus; Roma la organización, la forma, con sus leyes y sus códigos; el cristianismo la sustancia, el alma, con sus ideas y con sus dogmas. Contemplemos estas tres ideas.

El cristianismo, cuyo origen divino todos reconocemos, cuya eficacia inagotable todos confesamos y sentimos; primera luz que nos ha sonreído entre los ensueños de la inocencia, primera ley que ha refrenado las tempestades y los ímpetus de nuestra juventud; objeto de todas las oraciones; consuelo de todos los dolores; idea que en el seno del hogar doméstico hemos libado, como la miel de la vida, de los labios de nuestras madres, y que guardamos en el fondo del sér como el alma del alma; poesía invisible, que resuena desde la cuna en nuestros oídos; símbolo que vemos en

nuestros campos saludado por el labrador, cuando la golondrina le anuncia la primavera; en nuestras playas adorado por el navegante, cuando la gaviota le señala el buen tiempo; ángel que nos acompaña en vida, que santifica todas nuestras buenas acciones, y que, después de muertos, se sienta silencioso en la tierra donde dormimos, y recoge el aroma de nuestra vida, el alma, y lo lleva en sus alas al través de los orbes á Dios; el cristianismo, que es una religión, un arte, una gran filosofía, todo verdad, todo hermosura, todo bondad como doctrina social, por más que pese á los que quieren ungir con él todas las tiranías; como doctrina social, dió dignidad al esclavo, igualó moralmente al pobre con el rico, hizo de todos los hombres una sola familia, de todas las naciones, antes enemigas, la humanidad; y quiso que esta obra de libertad contara entre sus grandes holocaustos el sacrificio del Verbo, y por su primer mártir al Hijo del Eterno.

Este es el alma de la civilización presente. Ver cómo se desarrolló en los primeros tiempos, cómo luchó con el paganismo, como triunfó, será el objeto de

nuestras lecciones. Pero no era éste el único elemento que en la civilización existía en estos cinco siglos; existía también en el mundo clásico. Grecia había hecho de la humanidad, con su cincel de artista, una hermosa estatua que el cristianismo animó con el fuego del cielo; y Roma, la guerrera y legisladora, había logrado que el mundo se postrara ante el ideal clásico de hinojos, y lo recibiera como la preparación interior de otra idea más alta, como el principio de otra vida más grande. Por eso el mundo clásico tiene siempre armonías para nuestros oídos, dulces cánticos para nuestros corazones, y todos nos acordamos de él, como de la cuna de azucenas donde se meció nuestra civilización, como de la misteriosa lámpara donde empieza á arder la luz de nuestro espíritu. Yo no puedo mirar á Grecia, la nación de las grandes personificaciones, sin que se me aparezca personificada en la figura de una casta musa. Hermosa como la divina Psiquis, las perlas de Oriente, que la traen sus hijos los Pitágoras, los Herodotos, del fondo de los templos antiguos, ornan su frente; la luz de las ideas tiñe

de una hermosura divina su rostro; reclinada en su lecho de azucenas, con la caja de oro, que guarda el néctar de la vida de sus dioses en una mano, y en la otra la lira que produce ardorosos himnos, se mira en el celeste seno de aquellos mares, donde se mezclan las aguas del Asia y de la Europa como la cadencia de una eterna endecha de amor, y deja errar su mirada por aquellos esplendorosos cielos, y pidiendo inspiración á los mares, á las montañas, á los bosques, á los horizontes, dicta á Homero sus poemas, á Píndaro sus cantos, á Esquilo y Sófocles sus tragedias, á Tucídides y Herodoto la historia, á Platón y Aristóteles la filosofía; y cuando Roma la esclaviza, lejos de atarse á su carro triunfal, entra como señora en sus festines, como maestra en sus escuelas, como diosa en sus templos: y si, por último, allá, en el siglo quinto de la Iglesia, consiente en ser sacrificada en la casta figura de Hipatía por manos de los sacerdotes cristianos, como víctima coronada de flores que la antigüedad ofrece al nuevo culto, es después de haber infundido su espíritu en la Iglesia de Oriente y de

haber filigranado el Evangelio con el armonioso ritmo de su divina lengua. Pues si Grecia vive hasta el siglo quinto, ¿qué diremos de Roma? En la gran pira que formó con las armas de todos los reyes y de todos los pueblos, en la gran cárcel del Panteón, donde se reunieron los dioses de todas las gentes, en sus códigos, donde se encerraron las costumbres de todos los pueblos, Roma formó el genio de una civilización que todavía vive en nosotros, y resumió el trabajo de toda la historia precedente, para que no se perdiera la obra de la Providencia.

Pero sobre aquel mundo clásico tan hermoso en los siglos que vamos á historiar, se extendía una espada de fuego. Era la espada de los bárbaros. Venidos del fondo del Oriente, origen de todas las grandes emigraciones, habían acampado en los hielos del Norte, y el alma panteísta que recibieron en su origen, se individualizó en cada uno de aquellos bárbaros en el fondo de sus oscuras cabañas. Mil tribus componían y dividían aquellas gentes, tribus que mandaban sus bandas como grandes manadas de aves de rapiña, á devastar las regiones

abiertas á su voracidad. Engendrados los más de aquellos bárbaros en un carro, nacidos en un punto, amamantados en otro, no conociendo patria, y por lo mismo no radicando en el suelo; poseídos de un instinto viajero, que era el secreto de su destino; azotadas sus espaldas por los hielos y los huracanes, que los empujaban hacia Occidente, sin leyes escritas, sin gobierno organizado; adorando, ora dioses indios, ora griegos, ora divinidades feroces que se abrevaban en sangre, ora una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzaban como energúmenos; heridos por tribus todavía más bárbaras, venidas del fondo de la Mongolia á cumplir los decretos del Eterno; tribus que comían y dormían y vivían á caballo, que lanzaban gritos horribles, semejantes á los graznidos de los cuervos; que no sabían dónde iban, que se deshacían como las montañas de arena en el desierto y se condensaban como las trombas marinas; hombres horrorosos, que llegaron á espantar á los mismos bárbaros, pues Jornandes los describe trémulo, espantado, pintándonos su piel teñida de ne-

gro, sus ojos sanguinolentos, escondidos y luminosos como los del buho; su rostro parecido á una deforme tortuga; sus mejillas acribilladas de heridas, pues sus madres se las partían al nacer para que sintieran en sus labios antes el hervor de la sangre, que la dulzura de la leche; y todos éstos bárbaros, que unos venían del Rhin, otros del Danubio, otros de la Scitia; otros de la Escandinavia, como huracanes nacidos de diversos puntos del horizonte, unían sus ráfagas sobre la cabeza del gran coloso Imperio romano, y arrancaban uno á uno los diamantes de su triunfal corona; diamantes que, al estrellarse en el suelo, formaban con sus fragmentos las nacionalidades modernas.

EMILIO CASTELAR.

(Discursos en el Ateneo de Madrid)

CARLOS V.

Carlos V; emperador de Alemania, rey de España, señor de las nobles ciudades de Italia, de las de Holanda y Bélgica y del Nuevo Mundo, acepta de verdad desafíos, ni más ni menos que cualquier capitán aventurero de su tiempo, y no es

culpa suya si no se llevan á cabo; busca en frágiles leños á los piratas hasta sobre los arenales de Túnez ó Argel; blande el primero la lanza en Muhlberg, tal cual le representa el pincel del Ticiano; honra en su estudio á este maravilloso artista, como llora sobre el campo á Garcilaso; guarda toda su vida el recuerdo y aun el luto de su sola mujer, la malograda hermosura que, según cuentan, convirtió en santo á don Francisco de Borja, después de muerta; entrégase un día á merced de su constante adversario Francisco I, y otro da seguro leal á Lutero para que en su presencia dispute con los doctores católicos y los convenza, ó se deje de ellos convencer, procurando así evitar por la sola virtud de la palabra el nuevo cisma que quizá para siempre había de dividir luego á los cristianos; pide, promueve, protege con igual propósito la celebración del gran Concilio de Trento; remóntase en alas de su voluntad poderosa al temerario, mas generoso intento de lograr por sí la reconciliación dogmática del catolicismo con el protestantismo, mediante amplias y recíprocas transacciones, y vencido, al fin, según tenía que

serlo, en la imposible empresa, condénase todavía en buena edad al mezquino claustro de Yuste, donde, á la par que ora día y noche, piensa, escribe, aconseja, ordena aún todas las cosas de España, cuna de su madre y patria suya por elección, hasta el punto mismo en que entorna sus ojos la muerte: haciendo así patente al mundo que, no egoismo vulgar; ni liviano deseo de esquivar trabajos, le encaminaron á aquellas soledades, sino un desprecio sublime de toda vanidad, de todo goce, de todo personal interés.— ¿Quién no admirará, si admirar sabe, la grandeza épica que esto encierra? Hasta en aquel odio profundísimo, inflexible, que en Yuste mostraba á la Reforma, después de haber luchado tanto en vano para impedir que viniera el cisma por medio de la discusión y de las contrarias opiniones, y de haber luego combatido con tamaño valor contra sus secuaces en las llanuras germánicas (odio que heredó de él su hijo, y que transmitió al fin á toda la nación española), podrá echarse de menos habilidad, política, pero no grandeza. Ni es él, por cierto, el solo grande hombre que haya querido remontar en

vano la invencible corriente de su siglo, zozobrando en la empresa.

Discúlpanle, además, en el período de la ira, su moderación primitiva y su espíritu de conciliación, desconocido y burlado por los protestantes, y tan mal llevado por la Santa Sede, que todavía guarda Simancas el proceso original que, á causa del *Interim* se le formó en Roma, sobre indicios vehementes de herejía, bajo el pontificado de Paulo IV. Ciertamente otros hombres habrán errado menos que él; pero ninguno ha sentido, pensado, puesto por obra más cosas, ni cosas más arduas. Y es de advertir que en este mundo naturalmente yerran menos los que menos hacen, y aunque por eso mismo, ó por virtud de las circunstancias, las medianías concluyan la vida en paz con más frecuencia que los grandes hombres, el valor propio de cada cual puede siempre medirlo con rigurosa exactitud la Historia. No ha habido más infelices conquistadores que Aníbal y Napoleón I, al cabo y al fin, y nadie les disputa, no obstante, sus glorias. En resolución, la vida de Carlos V, que tan rápidamente he bosquejado, está más llena aún de arranques he-

róicos y sentimentales, que de fríos cálculos de razón de Estado; y muchas de sus osadas aventuras militares, marítimas, políticas y religiosas, no son para propuestas por modelo á ningún hombre de gobierno del presente ni de los futuros siglos. Hombres como Carlos V nadie los volverá ya más á ver, según todas las señas, si no es abriendo ó profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

*(Prólogo de la Vida de la Princesa de Éboli,
escrita por D. Gaspar Muro.)*

CARTA DE UN SEMINARISTA

Á UN SU TÍO DEÁN.

La monotonía de mi vida en este lugar empieza á fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente, antes al contrario, aquí me paseo mucho á pie y á caballo, voy al campo, y, por complacer á mi padre, concurre á casinos y á reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula: no leo un libro, ni apenas

me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente: y, como el encanto de mi vida estribada en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que ahora hago. Gracias á la paciencia que V. me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo, es el anhelo que cada día siento más vivo de tomar el estado á que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea, y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas, por el cielo tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera, y en esta Región de Andalucía, por estos alegres campos, cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y hierbas